LA RECOMPOSICION DE LOS ESPACIOS*

Georges Benko
Universidad París I

Desde hace unos veinte años, los observadores –tanto economistas como geógrafos y analistas políticos- tienden a llamar nuestra atención sobre un hecho notable, lo que para mí constituye un "cambio paulatino de escala". Se trata de una recomposición de los espacios. Los espacios "clásicos" en los cuales los sistemas económico, social y político se han desarrollado prácticamente a lo largo de todo el siglo, están basculando hacia arriba a la par que hacia abajo. En la escala superior comprobamos la creación o el refuerzo de los bloques económicos (al comienzo principalmente como mercados comunes, y luego evolucionando hacia espacios política y económicamente unidos, como es el caso de Europa). En cuanto al cambio de escala hacia abajo, éste se expresa por el refuerzo de las unidades territoriales a nivel regional. Nuestro planeta se divide por lo tanto en cuatro niveles espaciales pertinentes de análisis: el mundial, el supranacional (bloques económicos), el nacional (estados-naciones), y el regional (local/infranacional).

Hemos pasado, en este último cuarto del siglo XX, de un sistema económico internacional a un sistema económico "global". Se trata por tanto, de una mutación geopolítica mayor de las condiciones de producción, de competencia y de interdependencia. El antiguo régimen internacional estaba caracterizado por la soberanía de los Estados, que definían sus políticas monetarias y aduaneras entre otras. El régimen que le sucede es de un orden global difuso, donde las relaciones entre Estados se difuminan más o menos, en provecho de unas conexiones entre economías regionales alejadas, cuyo nexo de unión son unos intercambios complejos basados en la competencia y la colaboración.

Al observar, desde hace unos veinte años, el crecimiento de los intercambios en todos los ámbitos a nivel mundial, varios analistas han planteado la hipótesis de que el fin de la geografía está cerca (O'Brian, 1992), como otros han vaticinado el fin de la historia (F. Fukuyama), el fin del trabajo (J. Rifkin), el fin de los territorios (B.Badie) y hasta el fin de los Estados-naciones (K. Ohmae). Indiscutiblemente, la mundialización de la economía, sostenida por las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación y por los transportes de alta velocidad, modifica las escalas territoriales, o por lo menos nuestra relación con el espacio.

Esta reciente apertura económica es mensurable a través del comercio exterior. En 1965, las exportaciones mundiales de bienes representaban el 6 % del PIB mundial, y las importaciones el 6,3 %; en 1998 se elevaban respectivamente al 16,3 % y al 16 % según los datos de la ONU.

* Traducción realizada por María Neffar López

Conviene señalar que estas cifras están definidas en relación con el PIB, el cual también aumentaba de forma significativa en términos absolutos en el transcurso del mismo período. Cabe destacar también, que el comercio internacional de los servicios ha experimentado un crecimiento aún más rápido que el de los bienes. En términos absolutos no nos encontramos lejos de un multiplicador de diez.

Contrariamente a las hipótesis planteadas, el acortamiento de las distancias ha revitalizado la geografía. Los efectos de distancia ejercen una notable influencia sobre la estructuración de las relaciones económicas y sociales. Bien es verdad que el tiempo de las naciones no ha acabado, los Estados desempeñan todavía un papel crucial en muchos ámbitos, (como es el caso en el ámbito de la formación, los equipamientos, los transportes, etc.) pero atrapados entre la escala local y la global, su lugar en la economía se ha redefinido. Por una parte asistimos a un movimiento de internacionalización de la actividad económica en un mundo cada vez más desprovisto de fronteras hasta tal punto que algunos no dudan en anunciar una hipótesis y próxima desaparición del Estado soberano clásico fundado sobre la noción de territorio. Hay que saber que en derecho internacional, un Estado se define por tres elementos: un gobierno, un territorio y una población. Por otra parte, podemos subrayar la intensificación del crecimiento económico de un cierto número de regiones, reconocidas como los motores de la prosperidad internacional, y que da lugar a una recomposición de la jerarquía de los espacios productivos. Estas regiones son principalmente metropolitanas. Puede sostener esta afirmación con algunos datos: el producto de la aglomeración de Tokio es el doble que el del Brasil, el de Chicago equivale al de México, y la mitad de esta última se concentra en México capital, otro ejemplo es el de Osaka que supera en un 25 % al de la India, el de Seúl es superior al de Indonesia. Por lo tanto, globalización no es sinónimo de homogeneización del espacio, sino todo lo contrario, diferenciación y especialización. Se han constituido unos grandes polos que forman una economía "en oasis", es decir una red de las regiones más dinámicas, que dejan detrás de ellas al resto del mundo. Pierre Veltz (1996) observa la ascensión de las pequeñas naciones (hasta de las Ciudades-Estados) en la jerarquía de los territorios prósperos porque han mostrado una mayor capacidad de reacción que los grandes Estados, y porque disponen de las mismas ventajas de acceso a los grandes mercados.

Las regiones o mejor aún, los territorios se han convertido así en las fuentes de ventajas competitivas. En el transcurso de los años setenta y ochenta, los Estados conocieron un empeoramiento de sus déficits públicos lo cual les incitó a aplicar políticas de descentralización. Fue entonces cuando, con frecuencia, la gestión de numerosos bienes colectivos locales, tales como la educación, la formación, las infraestructuras de los transportes, las ayudas sociales, se regionalizó. Fue el momento perfecto para descubrir que la densidad de las relaciones entre los actores locales (empresas, universidades, colectividades territoriales, sindicatos, etc.) podía desempeñar un papel determinante en la competencia de las actividades económicas.

Los distritos industriales –concepto introducido a principios de siglo por el economista británico Alfred Marshall- vuelven a estar de actualidad tanto sobre el terreno como en los análisis. Estos lugares tienen una característica interna, "una personalidad regional", como decía antaño Vidal de la Blache, uno de los padres de la geografía francesa. Su especificidad se deriva

de una capacidad, a menudo heredada de una cultura antigua, para negociar modos de cooperación entre el capital y el trabajo, entre las grandes empresas y las subcontratas, entre la administración y la sociedad civil, entre la banca y la industria, etc. Como apunta el economista Alain Lipietz, en Emilie-Romagne o en el Bade-Wurtemberg, existen dos polos de crecimiento económico; la estrategia del partido comunista o de la democracia cristiana consistió en buscar el mejor compromiso social ahí donde era posible negociarlo, es decir a nivel local; los altos salarios, la mejora del nivel de vida, la cualificación de la mano de obra son la contrapartida de la competitividad de las empresas de esta región.

Las políticas de ordenación del territorio, a cargo del poder central hasta los años ochenta, han sido, a su vez, delegadas en las colectividades territoriales. Ahora el "desarrollo local" sustituye al desarrollo "desde arriba" estatal y centralizador característico de los "Trente Glorieuses"[1]. Se trataba del período de la redistribución, (la política del "distribuidor", las ayudas y el equipamiento). Hoy en día nos encontramos en el período de los proyectos: "Al Estado rogando y con el mazo dando". "No existen territorios en crisis, sólo territorios sin proyecto", declaraba así en 1997 el ministro francés de Ordenación del Territorio. Esta aproximación aparece hoy como inevitable, no sólo en el ámbito de la economía, sino también en el de la política. El tomar en cuenta los factores locales en las dinámicas económicas es, hoy día, una evidencia y una imperiosa necesidad. Se trata, a fin de cuentas, de una preocupación relativamente reciente, que abre un camino hacia la diversificación de las políticas económicas, sociales y culturales. Cabe señalar que los problemas actuales ligados con el " proyecto Córcega" se plantean siguiendo la misma línea de reflexión. Pero no es típicamente francés, pues una cierta aspiración de autonomía es muy apreciable también en el Reino Unido, respecto de Escocia, o bien del País de Gales.

Asimismo, se ha escrito mucho sobre la nueva geopolítica de la producción que ha empezado a cristalizarse en torno a los lazos que unen los dos niveles espaciales de actividades económicas, el local y el global. En la competición mundial, las regiones y las localidades estarán de ahora en adelante en situación de competencia, pero esta última puede ser analizada a dos niveles distintos. El primero es el del control de gastos y de la distribución óptima de los factores de producción. Los costes de la mano de obra, los precios de la energía, las tasas de interés y la fiscalidad son algunas variables que hacen que, para un gran número de producciones, las regiones sean indiferenciadas a los ojos de los inversores. Que un juguete proceda de una *maquilladora* en la frontera mejicana o de una zona económica china en especial no importa, y sólo se tienen en cuenta los costes. A cambio, las especificidades territoriales tienen un papel primordial en otros ámbitos económicos. En este caso, las regiones no son intercambiables entre sí. Una diferenciación duradera de los territorios, es decir no susceptible de verse modificada por la movilidad de los factores, sólo puede derivarse de su especificidad reconocida. Por muy buenos que sean los vinos espumosos de California, el champán no es un producto deslocalizable. Su valor, al igual que el de otras producciones, está anclado en un territorio, es el resultado de lo que los geógrafos llaman un "medio". Este medio se ha creado en diversos ámbitos, en informática por ejemplo, es Silicon Valley o la Carretera 128 (cerca de Boston), o bien, en Francia, Grenoble, Sophia Antipolis o Toulouse. El barrio del Sentier en París sigue atrayendo el "prêt.a.porter", y el de la calle Faubourg Saint Honoré la alta costura,

por su especificidad. Los ejemplos se multiplican cuando los factores decisivos de localización se encuentran fuera del mercado, (no cuantificables), y los elementos cualitativos específicos de un lubar que determina la elección de las empresas. La diferencia es una ventaja comparativa. Lo que llamamos "atmósfera industrial", retomando la expresión de Marshall, está presente por doquier, en cada territorio (Cuadro 1).

Así es como nuestro mundo "global" resulta un mosaico compuesto por multitud de regiones, de localidades y de "países" que no son, ni mucho menos, necesariamente equivalentes. La "glocalización", neologismo formado para designar la articulación acrecentada de los territorios locales a la economía mundial, subraya la persistencia de una inscripción espacial de los fenómenos económicos, sociales y culturales. Contrariamente a las predicciones más sombrías, los "territorios" con sus especificidades no se han visto borrados por los flujos económicos de la mundialización.

Se está dibujando un nuevo mapa mundial. Los espacios más desarrollados del mundo se han establecido bajo la forma de un sistema de economías regionales polarizadas, construyéndose en torno a las áreas metropolitanas, como la Randstadt holandesa, la costa atlántica de los Estados Unidos que se extiende entre Boston y Filadelfia, o bien como la megalópolis japonesa. El mundo dividido en "tríada" constituye el corazón de un sistema mundial contemporáneo, Europa, América del Norte y Japón, completado por espacios "anexos", que corresponden en lo esencial y esquemáticamente a Africa, a América Latina y a una parte de Asia. Esta estructura de base se sostiene mediante lazos comerciales y gracias a los flujos de inversión.

Un orden social jerarquizado se sitúa a tres niveles, que corresponden tanto a una división espacial como social. Esta división se ve facilitada por la rápida evolución tecnológica. A nivel espacial, distinguimos los líderes mundiales muy desarrollados (en términos técnicos y económicos), seguidos por los espacios recientemente industrializados (de renta media y en fase tradicional de desarrollo), y por fin los espacios subdesarrollados.

Pero esta tendencia de apertura o de desaparición de las fronteras entre las economías nacionales nos conduce a un sistema económico de integración global único. Se plantea la cuestión de la regularización de un sinfín de problemas. La única institución internacional que se parece a una estructura gubernamental es la Organización de las Naciones Unidas, que ha gestionado bastante mal la mayor parte de las diferentes situaciones en el mundo. Frente a la complejidad de los problemas (económicos, sociales, políticos y culturales) los diversos tipos de instituciones se han multiplicado desde los años 1960. Algunas son muy famosas y sus acciones son seguidas por los medios de comunicación, otras, la gran mayoría, trabajan de forma más discreta sobre los innumerables detalles por coordinar o resolver. Entre las instituciones más conocidas se encuentran la ONU, la UNESCO, la OCDE, la GNUCED, el FMI, el BIT, la FAO, el Banco Mundial, la OMC, o las reuniones como las del G7 o de Davos. Sin embargo, según las estadísticas del *Yearbook of International Associations* publicado en Munich, se han censado más de 5.600 asociaciones internacionales intergubernamentales en 1998, y cerca de 32.000 asociaciones internacionales no gubernamentales, es decir que desde 1960 se han multiplicado

por más de 25. Estas ONG cubren un abanico muy amplio de actividades y de intereses que van desde la salud hasta la ecología, o desde los derechos cívicos hasta las cuestiones del desarrollo.

Cuadro 1.- Recomposición de los espacios y evoluciones económicas

Era industrial	**Era de la información (1975-siglo XXI)**
Escala espacial dominante: Estado-nación	Escala espacial dominante: región y unión económica
Estados, como actor esencial de la economía / dirigismo / centralización	Actores económicos: capitales y empresas multinacionales, unidades territoriales (regiones)
Centro de decisión: nacional	Centro de decisión supranacional y local
Soberanía nacional	Soberanía de los ciudadanos
Protecciones aduaneras	Apertura económica (supresión de fronteras) / internacionalización de la economía
Economía centrada en la producción y el consumo nacionales	Economía basada en la información y la comunicación / papel mayor de la innovación
Iniciativas públicas	Constitución de redes ("sociedades en red")
Ordenación del territorio en un marco nacional y centralizado ("por arriba") (redistribución)	Ordenación del territorio basada en la iniciativa local ("por abajo")
Estados providencia	Regularización social "flexible"
Regulación social estable	Lógica económica principalmente postfordista
Lógica económica principalmente forddista	Nueva articulación: global/local
Crecimiento fuerte	Evoluciones rápidas
Evoluciones lentas	

Espacios de referencia	**Espacios de referencia**
Gran Bretaña	Silicon Valley (San Francisco)/Orange County (Los Angeles)/
Estados Unidos	Carretera 128 (Boston)
Alemania	Tercera Italia/Lombardía
Japón (desde 1950)	Hong Kong/Taiwán
	Ile-de-France/Tolosa/Grenoble
	Irlanda/Escocia
	Las grandes metrópolis (y "ciudades globales"), etc.

Fuente: Basado en una idea de K. Ohmae (1995), corregido por el autor.

En el mundo social la "triadización" es aplicable, pero sobre unas bases distintas. Las nuevas tecnologías conducen a dos fenómenos contradictorios: por una parte a la globalización, es decir a la interdependencia en el tiempo y en el espacio (lo que Jacques Attali llama la "connéxité") y por otra parte a la soledad. Las dos no son incompatibles. Somos cada vez más interdependientes, pero también nos encontramos cada vez más solitarios en esta interdependencia. Estamos en un mundo de "comunicación solitaria" (Benko, 1988). Podemos decir que la mundialización es una yuxtaposición de soledades conectadas. A nivel de la organización social, la tecnología dividirá la sociedad en tres grupos sociales. En primer lugar,

un grupo compuesto por varias decenas de millones de personas que disponen de los medios de acceso a las redes y a la creación, que crean y manipulan las informaciones. Frente a este grupo se encuentran “los nómadas de miseria”, abajo en la escala, sufriendo las tecnologías y forzados a una movilidad para encontrar trabajo o para sobrevivir, un grupo que integra cerca de la cuarta parte de la población mundial. En tercer término, una enorme clase media, que sueña con alcanzar la hiperclase, pero con el miedo de caer en la pobreza y en el nomadismo planetario. Una “sociedad-reloj de arena” está naciendo, descrita por Alain Lipietz. Esta clase media vivirá cada vez más en el espectáculo ofrecido por los medios de comunicación, las economías culturales se convierten en las principales actividades (fiestas, deportes, juegos, ocio, viajes –en el espacio y en las drogas-,...). Para mantener el orden social estas distracciones son necesarias con vistas a hacer olvidar la reversibilidad (o la inestabilidad) de las trayectorias individuales y la precariedad que se convierte en regla general.

En conclusión, podemos hacer nuestras las palabras de dos antiguos jefes de Estado francés. Decía Charles de Gaulle que: “ El esfuerzo multisecular que fue necesario durante mucho tiempo a nuestro país para mantener su unidad, a pesar de las divergencias de las provincias que le eran sucesivamente adheridas, no se impondrá más de ahora en adelante. Al contrario, las actividades regionales son las que aparecen como impulsoras de su potencia económica de mañana”. La visión de François Mitterrand fue similar en 1981: “Francia necesitó de un poder fuerte y centralizado para construirse. Hoy en día, necesita un poder descentralizado para no destruirse”.

Figura 1.- Fluctuación de los espacios. Los bloques económicos y las regiones desempeñan un papel cada vez más importante en la economía mundial.

Desde un período reciente hemos asistido a una nueva configuración de las entidades territoriales (Figura 1). La uniones económicas y las regiones se han convertido en conjuntos económicos y políticos de pleno derecho al edificar una nueva estructura del orden colectivo. Esta situación apela a un nuevo modo de gobierno. En Europa las reformas institucionales ya han empezado. Pienso que a nivel regional el refuerzo y la formalización de nuevas estructuras de gobierno económico son seguramente posibles a medio plazo, y no solamente en Francia. Las regiones son colectividades de actividades interdependientes, cuyos intereses económicos están mejor servidos cuando las formas institucionales de gestión y de coordinación locales están en funcionamiento. Asimismo los espacios regionales son cada vez más vulnerables en la competición y las tensiones mundiales. Los Estados nacionales están atenazados por la constitución de grandes conjuntos económicos (macrorregiones supranacionales) y las crecientes exigencias de descentralización (impuesta por las actividades económicas y políticas). Los Estados ya no tienen siempre la facultad de defender "sus regiones" (infranacionales), o de negociar en su nombre un mundo cada vez más abierto y competitivo. Cuatro fuerzas se combinan para usurpar el poder económico de los Estados: el capital, la comunicación, los consumidores y las empresas multinacionales. Kenichi Ohmae se preguntaba: "¿No se habrán convertido los Estados-naciones en dinosaurios moribundos?".

Finalmente, el renacimiento de los medios locales y regionales como hogares de la organización económica, cultural y política ofrece nuevas e inesperadas posibilidades para la renovación de la vida comunitaria. La democracia y la ciudadanía adquieren un nuevo sentido en el contacto de la sociedad local. La creación de nuevas entidades locales y de nuevas acciones democráticas están en perspectivas. Una nueva visión política local se está gestando en relación con el nuevo contexto global. Uno de los valores más exigentes es la cohesión. Es decir, un desarrollo sostenible basado en la solidaridad es una herramienta imprescindible para edificar una gran Comunidad (a varias escalas) más fuerte, más amplia, más equilibrada y por lo tanto, mejor entendida por los pueblos que la componen. Para lograrlo es necesario pasar de una "Europa abstracta" a una Europa política, social y económicamente coherente; una integración política posible en el marco de una federación de los Estados-naciones.

[1] Título de un libro de J. Fourastié (1979) que dará nombre a los treinta años de crecimiento de la economía francesa entre 1945 y 1975. N. del T.

Bibliografía

Benko, G. (1988): Technologies nouvelles, développement urbain et changement social. En Benko G., (Eds.) *Les nouveaux aspects de la théorie sociale. De la géographie à la sociologie,* Caen, Paradigme, p. 123-137.

Benko, G. y Lipietz, A. (2000): *La richesse des régions*. París, PUF.

Giddens, A. (1999): *Runaway World. How Globalisation is reshaping Our Lives.* London, Profil Books.

Guigou, J. L. (1996): Etat, nation, territoire: la recomposition. *Futuribles,* 212, p. 21-34.

Lipietz, A. (1996): *La société en sablier***.** París**,** La Découverte.

O'Brien, R. (1992): *Global Financial Integration. The End of Geography*. London, Pinter.

Ohmae, K. (1995): *The End of the Nation State.* New York, Free Press.

-------- (1999): *The Invisible Continent*. New York, Harper Collins.

Scott, A. J. (2000): *Les régions et l'économie mondiale.* París, l'Harmattan.

Siroën, J. M. (2000): *La régionalisation de l'économie mondiale*. París, La Découverte.

Veltz, P. 1996, *Mondialisation, villes et territoires*. París, PUF.